CZU: 81`42:82.09 https://doi.org/10.59295/drgl2026.35

LA CONFIGURACIÓN VERBAL DEL PUNTO DE VISTA DEL AUTOR A TRAVÉS DE LAS FORMAS DE REPRODUCCIÓN DIRECTA DEL DISCURSO

THE VERBAL CONSTRUCTION OF THE AUTHOR'S POINT OF VIEW THROUGH FORMS OF DIRECT QUOTATION

Laura MÎRZAC
PhD, University Lecturer
Moldova State University, Republic of Moldova
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-7478-9468

Abstract: ***In this article, we aim to provide an overview of the findings of several studies addressing the verbal dimension of the author's point of view as reflected in forms of direct discourse representation. The analysis has led us to conclude that both the democratic nature and the alleged objectivity of direct speech and dialogue may be called into question due to the presence of multiple subjects of enunciation, which give rise to diverse, and even conflicting, interpretations. Depending on their narrative intentions, authors may resort to both mediated and direct forms of discourse representation; however, despite the differences in the communicative, grammatical, lexical, and stylistic features of direct, indirect, and free indirect speech, their effectiveness ultimately depends on the author's competence.***

Keywords: *Point of view, author, narrator, character, forms of direct discourse representation, direct speech, dialogue.*

En el marco del presente artículo, el análisis se organiza en torno a dos ejes de interés que dan lugar a una reflexión sobre el punto de vista del autor y su dimensión verbal. Se trata, en particular, de las formas de reproducción directa del discurso, a través de las cuales se examina dicha dimensión. Estos dos ejes no deben entenderse como extremos independientes, sino como dimensiones que se articulan y se definen mutuamente en el proceso discursivo. La concepción del punto de vista desarrollada por Wolf Schmid constituye una de las propuestas más sólidas y complejas en el ámbito actual de los estudios narratológicos, puesto que integra y sistematiza los aportes de teorías anteriores, teniendo en cuenta tanto sus logros como sus limitaciones.

En la perspectiva de W. Schmid, el punto de vista se define como "una confluencia de condiciones generadas por factores internos y externos que inciden en la percepción y en la representación de los acontecimientos narrados". [5, p.67] En este sentido, los acontecimientos se configuran como el objeto del punto de vista, dado que este no se aplica a la historia en sí misma, sino a los acontecimientos que la constituyen.

En el marco de la definición propuesta, pueden distinguirse dos actos fundamentales: la percepción y la representación de los acontecimientos. Esta distinción resulta indispensable, ya que el narrador no siempre representa los acontecimientos tal como los percibe, recurriendo en tales casos a una representación mediada por la percepción subjetiva de uno o varios personajes. En este sentido, el investigador alemán distingue cinco planos en los que puede manifestarse el punto de vista: espacial, temporal, ideológico, verbal y

perceptivo, que, si bien no serán objeto de análisis detallado en este trabajo, muestran que el plano verbal constituye solo una de sus dimensiones y no actúa de manera independiente, sino en interacción con las demás. A continuación, nos proponemos examinar cómo se manifiesta esta dimensión verbal a través de las formas de reproducción directa del discurso.

Las investigaciones lingüísticas contemporáneas sobre las formas de reproducción directa del discurso subrayan que su estructura fundamental reside en la coexistencia de dos instancias discursivas diferenciadas: la del narrador, que actúa como marco introductorio o elemento rector, y la del personaje. Desde una perspectiva sintáctica, el segmento introductorio requiere necesariamente la presencia de verbos *dicendi* o *sentiendi*, los cuales suelen ir acompañados de un sujeto explícito, mientras que el uso de elementos deícticos o locuciones adverbiales complementarias se considera una opción estilística.

Tradicionalmente, el discurso directo se ha considerado la modalidad más fiel de representación discursiva. Esta percepción de objetividad e intangibilidad se manifiesta en el uso de recursos gráficos y de puntuación específicos, como los dos puntos, las comillas y la raya de diálogo, que actúan como marcas de delimitación entre las voces y garantes de la literalidad del enunciado citado. No obstante, cabe mencionar que esta supuesta fidelidad es, en gran medida, una ilusión. Aunque el discurso directo intenta recrear la mimesis del original, la percepción del fenómeno está polarizada: mientras algunos autores destacan su capacidad para actualizar el estilo individual del hablante, otros señalan una carencia de rigor debido a que el enunciado siempre queda, de algún modo, sometido al sistema de referencias del sujeto que lo enuncia.

Al respecto, la *Nueva gramática de la lengua española* confirma esta distinción, al señalar que en el discurso directo se reproducen las palabras tratando de conservar sus propios términos y su sistema de referencias deícticas (persona, tiempo y lugar), a diferencia del discurso indirecto donde estas coordenadas se adaptan al contexto del narrador. [3, §43]

El carácter "democrático" y la supuesta objetividad del discurso directo pueden ser cuestionados debido a la pluralidad de sujetos de enunciación que intervienen en el texto y, si bien este se clasifica como una forma de reproducción directa del discurso, sigue siendo relevante la problemática de la mediación del narrador, quien subordina el enunciado del personaje a su propio marco comunicativo. Esta intervención del narrador es variable y oscila entre el establecimiento de un nexo formal básico y la introducción de mecanismos más complejos que condicionan la interpretación del mensaje.

Como señala Gérard Genette, incluso en aquellas formas que parecen ofrecer un acceso directo al discurso del personaje, la instancia narrativa no desaparece, sino que se disimula. En efecto, el narrador no se contenta con transponer las palabras, sino que las «condensa» y las «integra en su propio discurso», interpretándolas según su propio estilo y «borrando las últimas marcas de la instancia narrativa», lo que crea la ilusión de una enunciación autónoma. [1, pp.228-241] Sin embargo, dicha autonomía no es más que un efecto construido, resultado de la organización discursiva que sigue dependiendo de la instancia narrativa.

Para evitar la ambigüedad inherente a expresiones tradicionales como «palabras del autor» o «palabras del narrador», la literatura especializada tiende a optar por términos de mayor precisión técnica, tales como «contexto narrativo» y «comentarios del narrador». El análisis de estos comentarios debe articularse en torno a tres ejes fundamentales: su posición respecto a la cita, su estructura sintáctica y su contenido semántico. A partir de estos tres elementos, derivan las particularidades del punto de vista, que se configuran de una manera específica. En este sentido, es necesario hacer referencia a otra forma de reproducción directa del discurso, que no debe confundirse ni identificarse con el discurso directo, ya que

representa más bien una variante compleja y desarrollada de este, construida según el modelo de la comunicación oral real.

Nos referimos al diálogo como forma esencial de interacción a través del lenguaje, que consiste en un intercambio de réplicas realizado entre dos o más personas con un rol móvil y alternante de hablante e interlocutor (emisor y receptor). En la estructura de la narración, el diálogo representa un procedimiento narrativo capaz de manifestarse en formas diversas y, en ocasiones, inéditas. Al mismo tiempo, este procedimiento resulta de particular interés desde el punto de vista de la participación o retirada del narrador, es decir, del sujeto encargado de anunciar, dirigir, moderar o evaluar las voces del texto. En ausencia total de este sujeto, el lector se ve obligado a organizar y sintetizar de manera autónoma la información proporcionada, lo que puede dar lugar tanto a una visión unitaria de los hechos representados como, por el contrario, a un contraste ideológico y/o axiológico que requiere interpretación.

De ahí que la presencia del diálogo en el discurso tienda a transformar al lector en un intérprete activo, a diferencia de los casos en los que la expresión monologada del narrador estimula más bien la pasividad en la recepción. De hecho, las posibilidades del diálogo son numerosas y heterogéneas y, por esta razón, es extremadamente difícil identificarlas en su totalidad y definirlas con precisión, ya que las conclusiones formuladas a partir del análisis de un diálogo literario concreto no serán necesariamente válidas para otro análisis literario. De esta manera, se observa con frecuencia que la principal finalidad estilística del diálogo radica en interrumpir la monotonía, característica de la expresión monologada, con el fin de abrir el acceso a las voces alternativas de los personajes, lo que crea un efecto mimético y una impresión de realismo. También se puede observar a menudo la presencia del diálogo en fragmentos con escasa densidad semántica, destinados a suplir, mediante extensión cuantitativa, las secuencias en las que la tensión alcanza su punto máximo o a provocar el suspenso.

Sin embargo, el diálogo sigue siendo una de las formas narrativas más creíbles y sugestivas para el lector, ya que parece estar libre de intermediarios, logrando así despertar el interés y la curiosidad. Al mismo tiempo, el diálogo produce la impresión de la existencia real de estos personajes que hablan, dotados de voz propia, siendo la conclusión la siguiente: porque hablan, existen.

Así, a diferencia del diálogo cotidiano, el diálogo literario se subordina a las convenciones de la narración, representando un procedimiento narrativo, una transposición literario-artística del diálogo de la conversación cotidiana y no una reproducción literal de este. El diálogo literario no constituye, en realidad, más que una forma de continuar la narración, a la que, tarde o temprano, el narrador volverá. Por muy fuerte que sea la impresión de que estamos ante un diálogo real, este sigue siendo, sin embargo, una mera reproducción. La separación o el aislamiento del diálogo de la obra narrativa conduciría a la pérdida de sus significados.

A partir de lo expuesto anteriormente, se puede deducir la necesidad de someter a un análisis minucioso otro aspecto importante del problema en cuestión, a saber, la figura del personaje, una de las dimensiones fundamentales de la narración. En la mayoría de los casos, el interés de los investigadores se basa en un enfoque doble del personaje, que presenta interés tanto como tema cuanto como técnica o instrumento básico a través del cual se hace posible la exploración del mundo narrado. Es un hecho que, de manera paradójica, la categoría del personaje es una de las más problemáticas, lo cual se debe, por un lado, a la escasa atención que ha recibido por parte de los investigadores, y, por otro, a la coexistencia en su interior de varias categorías.

Así, la manera de acceder a la esencia del personaje no reside en la biología, psicología, epistemología o ideología, sino en las convenciones literarias, que lo han transformado en un ejemplo tan perfecto de la realidad objetiva que el lector tiende a situarlo inevitablemente dentro del mundo real. La impresión de efecto mimético es una consecuencia natural de la incorporación del diálogo en la narración, ya que, en apariencia, las funciones del narrador dejan de manifestarse y pasan a ser asumidas por el personaje. El lector, a su vez, estará convencido de que este discurso representa una proyección de la esencia moral e intelectual del personaje.

Por lo tanto, la eficacia de este procedimiento es evidente, aunque su veracidad es ilusoria, ya que está determinada por el juego hábil del narrador, quien no hace sino subordinarlo a sus propias intenciones narrativas. Independientemente de la exactitud del relato o de la minuciosidad con la que el narrador presenta a los personajes, el diálogo abre el acceso a posibilidades que no podría ofrecer ningún otro procedimiento narrativo. Al involucrar a sus personajes en el diálogo, el narrador media el contacto directo entre ellos, ofreciendo al lector la oportunidad de asistir y de seguir por sí mismo el desarrollo de los acontecimientos narrados, de percibir los cambios verbales y la actitud de los personajes en acción.

En este mismo contexto, cabe mencionar que, además de las numerosas oportunidades que ofrece la introducción del diálogo, este también implica una serie de sutilezas de orden formal que residen en la adecuada dosificación estilística y en el equilibrio entre la voz del narrador y la del personaje, a fin de evitar una homogeneización de sus registros discursivos. Así pues, como puede apreciarse, la introducción del discurso directo y del diálogo implica inevitablemente la realización de diversas operaciones, pero, al mismo tiempo, abre un amplio abanico de posibilidades que multiplican los puntos de vista, como consecuencia natural de la presencia de múltiples voces, y diversifican la dimensión estilística, lo que exige una duplicación o incluso triplicación de las competencias del autor.

En este sentido, es el autor empírico quien construye y organiza el discurso, configurando tanto la voz del narrador como la de los personajes. El narrador, en tanto instancia construida que pertenece al mundo de la ficción, así como el personaje, forman parte de la estructura interna del relato y actúan como mediadores del discurso. De este modo, la aparente autonomía de sus voces no es más que un efecto de construcción, ya que el autor empírico, desde la instancia externa, organiza y controla estos mecanismos, pudiendo incluso desplazar hacia estas instancias la responsabilidad de determinados contenidos.

Por un lado, se requiere un tono narrativo adecuado y fiable, que se manifiesta en la calidad de la voz del narrador, en las modulaciones de la entonación, en el ritmo, en la continuidad del discurso, en el sentido del humor y en la atención a los detalles concretos. Por otro lado, es necesario un mayor grado de imaginación y maestría para dotar de individualidad a los personajes hablantes, asignándoles un discurso propio. Este, a su vez, permite al autor explorar distintas posibilidades expresivas, como la construcción de un discurso lógico o absurdo, el respeto o la transgresión de las normas léxico-gramaticales y la oscilación entre diversos registros. Asimismo, le permite distanciarse de determinadas normas ético-morales, atribuir la responsabilidad a estas instancias discursivas.

Así, el tono narrativo y el registro seleccionado derivan de la identidad del narrador y de su relación con los hechos presentados: complicidad, distancia, etc., así como del origen social, geográfico y del nivel cultural del personaje. Al mismo tiempo, cabe reiterar que, aunque en términos generales las particularidades del discurso directo y del diálogo coinciden con las de la conversación cotidiana, el texto narrativo opera con una versión

elaborada de estos, es decir, con una estilización de la comunicación conversacional, que no es sino el resultado de una opción consciente del autor, realizada con una intención artística. Una transposición literal de la realidad en la escritura no es posible, ya que esta no es de carácter meramente sintáctico, sino también físico, emocional y multiforme. En consecuencia, el proceso de transposición resulta mucho más complejo si se pretende mantener la fidelidad a dicha realidad.

Asimismo, cabe señalar que el tema en discusión resulta de particular interés desde la perspectiva de la interdependencia que se establece entre sus elementos constitutivos. En este sentido, los aspectos de orden formal, como el tono narrativo o los distintos registros, ponen de relieve la multiplicidad de puntos de vista, que, a su vez, se manifiestan a través de diversos sujetos perceptores/locutores, en distintas condiciones espacio-temporales y desde ideologías afines o divergentes.

De este modo, se logra percibir el mundo circundante con una atención y una intensidad mayores que las que empleamos habitualmente en la vida cotidiana. La mirada atenta y curiosa es la herramienta principal de cualquier autor. En su ausencia, este no lograría presentar su historia, real o imaginaria, sino de manera superficial, sin ser capaz de suscitar emociones.

Por último, cabe señalar que, para alcanzar estos objetivos, el autor debe reunir las competencias y cualidades de un investigador, documentalista, psicólogo, sociólogo y literato. Al mismo tiempo, para gestionar eficazmente el discurso directo o la comunicación dialogada, debe apoyarse en su experiencia y en su capacidad de observación, siendo el componente empírico igualmente decisivo para lograr el efecto deseado. Sin embargo, incluso en estas condiciones, su tarea sigue siendo extremadamente compleja, ya que, paradójicamente, el exceso de información puede conducir a la desinformación.

En definitiva, los efectos que produce el discurso directo no surgen de manera espontánea, sino que son el resultado de un proceso complejo. En su origen está el autor, como sujeto empírico, que percibe y reconfigura la realidad a partir de su experiencia, sus conocimientos y su sensibilidad. A partir de ello, organiza el mundo narrado y construye una determinada perspectiva. Esta se traduce en la palabra, a través de la cual se genera el efecto final en el lector.

Referencias bibliográficas:

1. GENETTE, Gérard (1989) - Figuras III, Barcelona, Editorial Lumen, 338p.
2. KOHAN, Silvia-Adela (2000) - Cómo escribir diálogos. El arte de desarrollar el diálogo en la novela o el cuento, Barcelona, Alba Editorial, 120p.
3. Nueva gramática de la lengua española. (RAE/ASALE, 2009) [en línea]. Disponible en: https://www.rae.es/gramática/ [Fecha de la consulta: 06.04.2026]
4. VIVALDI, Gonzalo-Martín (2000) - Curso de redacción. Teoría y práctica de la composición y del estilo, Madrid, S.A. Ediciones Paraninfo, 560p.
5. ШМИД, Вольф (2003) - Нарратология, Москва, Языки славянской культуры, 312p.